

A A.P.C., que sabe como se siente.

A J.E.G., que ha sabido esperar sin perder la paciencia.

Páramo de Roma

Estaba empeñada en que alguien escribiera su historia. La inmortalidad le preocupaba, seguramente como consecuencia del temor que le inspiraba todo lo relacionado con la muerte. Durante mucho tiempo me resistí a hacerle caso. Sé de sobra que la literatura interfiere con la vida siguiendo su propia lógica y su amor me era demasiado precioso como para andar arriesgándolo tontamente. Nunca me iba a atrever a escribir un final ficticio que hubiera condicionado o acelerado el verdadero hacia el que la vida nos empujaba sin remedio. Y eso a pesar de que a ella la verdad, en el sentido en el que comunmente se entiende esa palabra le traía sin cuidado. En su manera de entender las cosas, la verdad y la ficción perdían su definición. Se volvían sustancias informes y maleables que se adaptaban a los contornos y a las necesidades del momento. Muchas de las personas que la rodeaban tardaban en comprenderlo y sufrían y le hacían sufrir por ello.

Pero se acercaba el día de su santo y no tenía dinero para comprarle un regalo y así fue como empecé a escribir este cuento...

* * * * *

Vivían en una casita con dos habitaciones, que estaba en una esquina de la finca. El resto lo ocupaba la fábrica de su padre. La casa no era muy bonita ni muy cómoda, pero a ella no le importaba mucho. Le gustaba vivir en la finca porque tenía mucho espacio y podía corretear y jugar a sus anchas sin que nadie le molestara ni le dijera nada. Claro que siempre tenía que jugar sola porque en la finca no había ningún otro niño de su edad. Sólo estaban su padre, su madre y los empleados. Su padre se pasaba la mayor parte del día en el

laboratorio supervisando la producción de semilla en cuartos donde ella tenía prohibido entrar. Cuando alguna vez se cruzaban, ella a lo mejor siguiendo a una mariposa amarilla por el camino y él dirigiéndose quizás a la oficina con paso apresurado y mirada preocupada, le solía acariciar la cabeza o le preguntaba alguna cosa y le dedicaba una sonrisa rápida de padre ocupado pero orgulloso de su hija. Alguna vez, cuando tenía menos prisa, se paraba y jugaba un poco con ella. La cogía en brazos y la lanzaba al aire o jugaban a los trenes o al escondite.

Otras veces era su madre la que salía de casa y la llamaba a voces para llevarla al pueblo a hacer la compra o para que le sujetara las pinzas mientras tendía la ropa, o simplemente para asegurarse de que no estaba haciendo ninguna travesura como intentar abrir el grifo de la manguera para regar el jardín o comerse puñados de tierra. Un descubrimiento reciente y muy de su gusto. Especialmente la tierra que había detrás del algibe. Pero por alguna razón su madre no pensaba que la tierra fuera comida, sino más bien lo otro, y la regañaba con grandes gritos cuando la descubría llevándose puñados a la boca.

Tampoco la dejaban salir de la finca. La verja de hierro estaba casi siempre cerrada y, además, cada vez que preguntaba si podía salir, su madre le decía que afuera no había nada y que si salía, la iba a atropellar un coche o un camión de los que pasaban de vez en cuando por el camino. Y la verdad era que afuera no había mucho, pero, de todas formas, a Páramo le gustaba sentarse en el suelo delante de la verja y mirar entre los barrotes. Desde donde ella se sentaba se veía el camino de tierra hasta la curva que quedaba un poco más allá del final de la finca. Delante del camino había unos campos casi siempre agostados donde, de cuando en cuando, pastaba un rebaño de ovejas sucias, y detrás de los campos, a la derecha había una casa parecida a la suya pero un poco más grande y, a la izquierda, una fábrica de harinas con una chimenea muy alta.

Desde que Páramo se había instalado en la finca, la casa de en frente había estado vacía, pero en las últimas dos o tres semanas habían empezado a pasar cosas y Páramo se

pasaba la mayor parte del día sentada delante de la verja mirando todo lo que ocurría con sus ojos verdes muy abiertos. El primer día había descubierto unos hombres muy sucios que metían en las casa ladrillos y sacos de color arena y sacaban capazos de goma negra que parecían pesar mucho. Después de estar mirándoles durante un buen rato, fue a preguntarle a su madre y le dijo que eran albañiles. Los albañiles siguieron entrando y saliendo durante unos cuantos días más, con sus ropas llenas de polvo, haciendo ruidos de obra y llenando el aire con sus martillazos. Después, dejaron de venir, y en su lugar aparecieron otros hombres, la mayoría vestidos con monos azules y llevando cajas de herramientas y Páramo aprendió que unos eran electricistas y que otros eran carpinteros. Su madre le había dicho que seguramente estaban arreglando la casa de en frente. Pero ya debían de haber terminado porque, tras dos o tres días en los que no pasó nada, había llegado un camión lleno de muebles y de grandes cestas cuadradas que unos hombres sudorosos descargaron y metieron en la casa. Luego, durante dos días más, otra vez nada, y esa mañana, por fin, Páramo había descubierto un coche azul aparcado delante de la puerta de la casa. Llevaba un buen rato sentada frente a la verja esperando a que alguien entrara o saliera, pero no había visto a nadie. Aburrída, iba a buscar una de sus muñecas cuando su madre la llamó y le dijo que tenía que arreglarla para ir a saludar a los nuevos vecinos.

Páramo estaba encantada. Tenían vecinos nuevos y, a lo mejor, había una niña como ella con la que poder jugar. Le pidió a su madre que le pusiera el vestido azul, que era el que más le gustaba y los zapatitos rojos y cuando estuvo vestida se fue corriendo al cuarto de baño. Se subió a la banqueta para mirarse en el espejo mientras esperaba a que viniera su madre a peinarle la melena rubia y larga. Le encantaba que la peinaran. La caricia del cepillo le hacía cerrar los ojos para sentir mejor la cosquilla del tirón suave y pausado. Casi le daban ganas de ronronear, como había visto que hacían los gatos.

-Mamá, ¿estoy guapa?

-Sí, mi vida, estás preciosa.

-¿Quiénes son los nuevos vecinos? ¿Sabes si hay una niña pequeña como yo?

-No se, chiqueta, pero enseguida lo averiguaremos. Venga, baja de ahí y vámonos.

Se volvió a mirar en el espejo y se llenó de orgullo al comprobar que, de verdad, estaba guapa. Se bajó con cuidado de la banqueta y echó a correr detrás de su madre.

Entre los campos que separaban las dos casas había un camino estrecho por el que echaron a andar. Cuando iban más o menos por la mitad del camino aparecieron tres o cuatro perros sucios y feos que siempre andaban por allí y en cuanto las vieron se acercaron a olerlas. Páramo se agarró con fuerza al brazo de su madre.

-No tengas miedo, chiqueta, que ya verás como no te hacen nada. Sólo quieren saber quienes somos y como mucho jugar.

Páramo no estaba muy convencida y sí que tenía miedo. Los perros le parecían demasiado grandes y siempre estaban ladrando y enseñando unas bocotas enormes llenas de dientes. Puede que su madre tuviera razón y que sólo quisieran jugar, pero a ella no le gustaba jugar con perros y decidió que lo mejor era no acercarse mucho, por si acaso. Los perros las olisquearon sin demasiado interés y continuaron camino abajo. Ellas siguieron andando hacia la casa con Páramo ya un poco más contenta y relajada.

La verja estaba abierta y el timbre no funcionaba así es que entraron en el jardín y llegaron hasta la puerta de la casa. Llamaron y enseguida salió a recibirles un señora un poco más vieja y bastante más fea que su madre. El recibidor daba a un salón-comedor bastante grande y al fondo del salón, bailando ensimismada junto a la chimenea apagada, Páramo vio a una niña morena más o menos de su edad con un traje precioso de volantes. Se desentendió de las presentaciones de los mayores, se soltó de la mano de su madre y fue corriendo a preguntarle a la niña si quería ser su amiga.

-¿Cómo te llamas?

La niña dejó de bailar y la miró un poco sorprendida. Tenía los ojos negros rasgados, la nariz respingona y la melena larga y rizada. Páramo pensó que era muy guapa. A lo mejor incluso más guapa que ella.

-Marina. ¿Y tú quién eres?

-Me llamo Páramo y vivo en la casa que está al otro lado del campo.

La daba mucha vergüenza y no sabía cómo continuar, pero quería a toda costa tener una amiga y como nunca había tenido una y no sabía muy bien cómo hacerlo, no se le ocurrió otra cosa que preguntárselo. Se le había hecho como un nudo en la garganta pero se cogió las manos detrás de la espalda y mirando al suelo le preguntó de un tirón:

-¿Quieres ser mi amiga?

Marina la miró con extrañeza y se quedó un momento callada como pensando. Arrugó un poco la nariz y, por fin, le dijo que sí con la cabeza. Ya eran amigas. Ahora podían empezar a jugar y a divertirse. Marina le preguntó enseguida que si sabía bailar y Páramo le contestó que sí y que de mayor iba a ser bailarina. Estuvieron bailando un buen rato. Enseñándose una a otra las piruetas y los saltos que sabían hacer. Cuando se cansaron, Marina le dijo que fuera con ella que le iba a enseñar sus muñecas. Subieron por una escalera de madera y Marina la llevó a su cuarto. La habitación de Marina era más grande que la suya. Tenía una cama baja pegada a la pared y cubierta con un edredón a grandes franjas azules y amarillas. Al lado de la cabecera había una mesita de noche con una lámpara y en un rincón de la habitación, apoyadas contra la pared, Marina tenía cinco muñecas muy bonitas. Podían jugar a las casitas. Pero sólo una de las dos podía ser la mamá. Discutieron durante un rato sobre cuál de las dos iba a serlo y por fin Páramo propuso que podían ser las dos. Que no hacía falta que hubiera papás en ese juego y que las dos podían ser mamás y amigas como sus madres. Marina no estaba demasiado convencida.

-¿Y por qué no hay papás? Mi mamá está siempre con mi papá. Menos cuando trabaja, claro.

-Pues porque los papás están trabajando y las mamás llevan a las niñas al pueblo a comprarles vestidos.

-¿A qué pueblo?

-A uno que esta un poco cerca, siguiendo por el camino, pero hay que ir en coche. Mi mamá me ha llevado muchas veces, si quieres, la próxima vez que vayamos le digo que te lleve a ti también.

-¿Y quién conduce? Yo no sé.

Páramo tampoco sabía pero había visto muchas veces a su padre conduciendo y dijo que ella podía conducir.

-¡Páramo! ¡Nos vamos!

Miró a su amiga con cara de fastidio y bajó por las escaleras para preguntar si podía quedarse. La mamá de Marina dijo enseguida que sí, que se quedara y su madre le contesto que bueno y que pasaría a recogerla a la hora de comer. Siguieron jugando y se les pasó la mañana sin apenas darse cuenta y su madre vino a buscarla para llevársela a casa.

Después de comer tenía que dormir la siesta. Ella hubiera preferido jugar en el jardín o, mejor todavía, volver a casa de su amiga, pero siempre que protestaba le decían lo mismo: hace mucho calor, chiqueta; si no duermes la siesta no vas a crecer; además es sólo una hora; a las cinco te puedes levantar y te vas a jugar a donde quieras. Era verdad que hacía calor. Lo de crecer o no crecer no terminaba de convencerla, pero el cuarto estaba oscuro y muy tranquilo y Páramo se durmió enseguida.

Nada más levantarse le preguntó a su madre que si podían volver a casa de Marina.

-Ahora estoy muy ocupada, bonita, si quieres ir te cruzo el camino y te vas tu sola. Es muy fácil. No puedes perderte.

Páramo enseguida se acordó de los perros. ¿Qué iba a hacer si la perseguían? Primero pensó en protestar pero decidió dejarlo pasar. Si su madre se acordaba de los perros, a lo mejor le decía que tenía que quedarse, y no quería quedarse. Ahora que tenía una amiga quería irse

a jugar con ella. Y además podía ser que los perros estuvieran en otra parte y que no la molestaran. Claro que si la perseguían. . .

-Bueno, pero luego me vienes a buscar.

Su madre le volvió a poner el vestido azul y los zapatos rojos y le hizo una coleta. Le cruzó el camino y se despidió de ella dándole un beso en la mejilla.

-Dile a la mamá de Marina que iré a buscarte a las ocho y que si quiere que vaya antes que me llame. Y se buena.

El camino entre los dos campos no era más que un lindero ensanchado como para que cupiera un tractor. Páramo andaba a saltitos cantando para darse ánimos y sin quitarle la vista al cruce por si veía venir a los perros. Estaba intranquila. Una mariposa blanca se posó en una de las zarzas del ribazo. Le hubiera gustado pararse a mirarla pero tenía un poco de miedo y el miedo le daba prisa así es que siguió sin hacerle caso. El camino por el que iba llegaba hasta otro un poco más ancho que terminaba en la finca de Marina. En el cruce se torcía a la derecha y enseguida se llegaba a la tapia. Lo malo era que, al torcer, había que darle la espalda a la fábrica y, si le perseguían los perros, no iba a verlos venir. Páramo no estaba muy segura de qué iba a hacer en el caso de que la persiguieran, pero, fuera como fuera, prefería verlos. Ya en el cruce empezó a sentir más miedo y se puso a correr casi. La coleta le golpeaba en el cuello y aunque casi era media tarde seguía haciendo calor. Sin saber por qué, se acordó de su primo Joaquín y se imaginó a si misma como a una hormiguita corriendo hacia el hormiguero para evitar el zapato de su primo cuando jugaba a aplastarlas. ¿Por qué pensaba en esas cosas?

Justo entonces, les oyó ladrar. ¡Los perros! Se dio la vuelta aterrorizada. Venían corriendo hacia ella ladrando enloquecidos siguiendo al perrote gris con la cabeza enorme. Les quedaba poco para llegar al cruce. Páramo se dio media vuelta y echó a correr, ahora sí, con toda su alma. La verja de la finca seguía abierta y entró corriendo hasta la puerta de la casa y el timbre. Estaba alto y tuvo que saltar para poder llamar. Tardaban en abrir. El corazón le latía a golpetazos y estaba jadeando. ¿Por qué no le abrían? ¿Y dónde estaban

los perros? Se puso a escuchar y se dio cuenta de que los ladridos se oían cada vez más lejos. Miró hacia el cruce y los vio corriendo al galope por el otro camino. Seguramente iban persiguiendo a un conejo o a una rata. Por fin le abrió la mamá de Marina.

-¿Qué te pasa, bonita? ¿Por qué tienes esa cara?

Páramo se prometió a si misma que no iba a llorar aunque se estaba muriendo de ganas. Antes de contestar tragó saliva.

-Nada, que he venido sola y creía que me perseguían los perros de la fábrica. Y me dan miedo. . . He venido a jugar con Marina. Mi mamá ha dicho que va a venir a buscarme a las ocho y que si me tengo que ir antes que la llames.

-Muy bien, preciosa.

Vio a Marina bajando por las escaleras y se fue hacia ella. Ahora ya podían jugar juntas toda la tarde.

A la mañana siguiente la despertó su padre. La vistió y le hizo el desayuno. Ya en la mesa le dijo que su madre se había ido a la ciudad y que no iba a volver hasta la hora de comer. Páramo le miró con cara de fastidio. ¿Quién iba a llevarla ahora a casa de Marina? Y además tenía que tomarse el desayuno. Las tostadas le gustaban pero odiaba la leche y con su padre mirándola iba a ser muy difícil dejársela. Esperó a que volviera la vista al periódico y en cuanto estuvo segura de que no iba a verla volcó el vaso de un manotazo.

-¡Uy! Se me ha caído. Ha sido sin querer, de verdad.

El torrente de leche cruzó la mesa a toda velocidad y le estaba cayendo encima de los pantalones. Además seguro que la leche estaba muy caliente. Su padre empujó la silla hacia atrás y se puso de pie de un tirón.

-Vaya por Dios, Páramo, siempre estás igual. Tienes que poner más cuidado.

-Yo lo limpio, Papi, yo lo limpio.

Se bajó de la banqueta y fue al fregadero a por un trapo. Cuando volvió, su padre se había marchado. Seguramente a cambiarse de pantalones. Páramo cogió las tostadas y salió de casa. Mientras se las comía se dio una vuelta por la finca. Primero fue al almacén para ver si estaban cargando el camión pero no encontró a nadie. Todo el mundo debía de estar en el laboratorio y ahí no la dejaban entrar. Decidió ir a buscar una de sus muñecas pero a mitad del camino se arrepintió. No tenía ganas de jugar a las muñecas y sabía que iba a aburrirse antes de empezar. Se sentó delante de la verja y miró hacia la casa de Marina. Lo que más le apetecía era irse a jugar con ella. Daba un poco igual a lo que fuera. Cuando estaban juntas el tiempo se le pasaba volando y enseguida llegaba su madre a recogerla y cuando estaba sola, sobre todo cuando su madre se había ido, la mañana se le hacía eterna y la hora de comer no llegaba nunca. Además, si se iba a casa de Marina, a lo mejor incluso la invitaban a comer y luego podían dormir la siesta y seguir jugando toda la tarde. Lo malo eran los perros. Le podía pedir a su padre que le cruzara el camino, pero seguro que no le iba a acompañar hasta la casa. ¿Y qué iba a hacer si empezaban a perseguirla cuando todavía le faltara mucho por llegar? Sólo podía correr, pero seguro que los perros corrían más que ella. ¿Y qué pasaría si le alcanzaban? Intentó imaginarse al perro gris con el pelo largo y las barbas amarillas corriendo hasta alcanzarla y mordiéndola en la pierna pero no pudo: le daba demasiado miedo pensar en el dolor agudo del mordisco, y la sangre, y todo.

Suspiró y se fue a buscar una de sus muñecas. Estuvo un rato jugando con ella pero se aburría y volvió a acordarse de Marina. También podía ser que no la persiguieran. Su casa no estaba tan lejos y los perros solían pasarse el día tumbados en alguna sombra. Ayer por la tarde, seguramente ni se habían dado cuenta de que ella había pasado por el camino. Además puede que su madre tuviera razón y que sólo quisieran jugar. Pero no lograba convencerse. ¿Qué iba a hacer si la perseguían aunque sólo fuera para jugar? Seguía teniendo miedo y cogió su muñeca que le devolvió la mirada con los mismos párpados entreabiertos y la misma boca con el mismo agujerito para darle el biberón.

-Páramo, me voy al pueblo a los bancos. Cuando llegue tu madre le dices que volveré a comer.

Lo que le faltaba. Ahora sí que iba a quedarse sola de verdad. Miró otra vez a la muñeca y decidió arriesgarse.

-Papi, ¿por qué no me llevas a casa de Marina y luego mamá puede venir a recogerme?

Su padre miró el reloj y puso cara de contrariedad.

-No tengo tiempo, reina. He quedado con el director del banco dentro de diez minutos y a los directores de los bancos no les gusta esperar. Si quieres te cruzo el camino y vas tu sola.

No le quedaba más remedio que elegir entre arriesgarse con los perros o quedarse a jugar sola. Se mordió el labio y suspiró sin hacer ruido. Iba a arriesgarse.

-Bueno, me cruzas.

Siempre que su padre le daba un beso le pinchaba con el bigote. El pinchazo era desagradable y le raspaba la cara pero le encantaba que su padre le hiciera caso y le diera besos. Sobre todo porque casi siempre estaba ocupado en la oficina o tenía que irse a los bancos o de viaje a algún sitio. La dejó del otro lado del camino, volvió a cruzarlo a grandes zancadas y se metió en el coche. Arrancó, se puso en marcha y al pasar a su lado le mandó un beso y le dijo adiós con la mano. Páramo se quedó mirando cómo el coche se perdía por el camino entre una nube de polvo. Cuando desapareció detrás de la curva, se dio cuenta de que se había quedado sola y encima del lado malo del camino. Pensó en los perros y volvió a sentir miedo. Pero ahora ya ¿qué iba a hacer? Sólo le quedaba irse a buscar a Marina. Se encogió de hombros, se dio media vuelta y echó a andar a buen paso camino arriba.

No había nadie en ninguno de los dos campos. Desde donde ella estaba la fábrica de harina parecía tranquila. No se veía a los perros por ningún sitio. Siguió andando deprisa y sin apenas darse cuenta llegó hasta el cruce. Ahora venía lo peor. Miró hacia la fábrica y sintió como se le contraía el estómago. Tumbados a la sombra de la valla estaban los perros. El perrote gris tenía la cabeza levantada y miraba hacia ella. En cuanto la vio dio un ladrido, se incorporó de un salto y echó a correr hacia el cruce. Los demás se pusieron de pie y le siguieron. Páramo se quedó un segundo como petrificada. Tenía todo el cuerpo en

tensión y el corazón le latía a gritos. Cerro los ojos durante un momento, se mordió el labio, se dio la vuelta y echó a correr con toda su alma. Más y más deprisa. No quería oírlos. No iba ni a pensar en lo que le podía pasar. Sólo tenía que concentrarse en no tropezar y en seguir corriendo. Aunque le reventaran las piernas tenía que correr más deprisa. Y corría y corría. Sentía que le faltaba aire, que las piernas se le agarrotaban, que no podía más. No iba a mirar hacia atrás. Les oía ladrar cada vez más fuerte y les presentía cada vez más cerca, pero no iba a mirar hacia atrás. Iba a seguir corriendo hasta el final.

Levantó un momento la mirada y vio que le faltaba muy poco para llegar a la finca. No quiso pensar en qué haría una vez allí. Apretó todavía otro poco el paso y llegó hasta el principio de la valla. No podía más. Llegó hasta la verja, entró en la finca a toda velocidad y, sin saber cómo, sintió como se chocaba contra un delantal negro y verde que olía a sudor y a embutido. El choque la dejó un poco atontada, pero notó como unos brazos fuertes la levantaban. Cerró los ojos y le empezaron a caer las lágrimas mientras intentaba volver a respirar. Había estado segura de que iban a alcanzarla. Nunca en su vida había tenido tanto miedo ni se había sentido peor. Roberto, el chico del supermercado la había salvado. Nunca, tampoco, se había sentido tan aliviada. Los perros llegaron hasta la entrada y se pararon. Siguieron ladrando pero no se atrevieron a entrar y terminaron por darse la vuelta y marcharse. Páramo no quiso ni mirarles y apretó la cara contra el delantal.

-Venga, venga, Páramo, que no es nada. Los perros sólo quieren jugar.

Parecía que todos se hubieran puesto de acuerdo. Los perros sólo quieren jugar, los perros sólo quieren jugar. ¿Ellos qué sabían? Si los perros querían jugar, el juego consistía en perseguirla. Y quisieran jugar o no, ella no se iba a soltar del cuello de Roberto hasta que la dejaran dentro de casa de su amiga.

Una vez dentro, subieron al cuarto de Marina y le contó la historia. Marina la estuvo mirando todo el rato con los ojos muy abiertos sin decir nada. Luego le cogió la mano, le miró a la cara y le dijo muy seria

-Gracias por venir.

Siguieron cogidas de la mano y se fueron a jugar al jardín.

A la hora de comer vino su madre a buscarla, y después, como siempre, le pusieron a dormir la siesta. El cuarto estaba muy oscuro y no se oía ni un sólo ruido. En cuanto cerró los ojos vio a un perro gris enorme corriendo detrás de una niña pequeña con una coleta rubia y sintió otra vez el miedo de la niña que era exactamente igual que su miedo. El perro la seguía a grandes zancadas con la boca muy abierta y la lengua colgando entre los dientes enormes y amarillos. La niña corría con toda su alma pensando sólo en no caerse y en correr más deprisa que el perro. Delante de ella, camino abajo, había una casa blanca con otra niña pequeña esperando en la puerta. Y sin saber por qué Páramo se dio cuenta de que las cosas iban a ser siempre así. Que el perro gris siempre iba a estar esperando a la niña para perseguirla con la boca abierta y la lengua rosada y asquerosa colgando entre los dientes amarillos y que la niña iba a tener que correr delante del perro siempre que quisiera ir a jugar con su amiga. Y se dio cuenta de que sólo podía hacer una cosa: correr más deprisa que el perro. Tenía los puños apretados de miedo y de rabia, pero, poco a poco, los fue aflojando y se fue quedando dormida.

Fornells, agosto de 1992.